

La ampliación de la Unión Europea

CON la aceptación de Austria, Finlandia y Suecia por parte de la Unión Europea, y la ratificación referendaria de las naciones solicitantes queda cerrada una nueva fase del proceso de ampliación. Este hecho, que en otros tiempos hubiera sido «distante y distinto» de lo que como a españoles nos concierne, tiene ahora, sin embargo, múltiples derivaciones que nos afectan directamente. La Europa ampliada es un sólido punto de referencia que sus diversos componentes no ven de la misma manera. La diversidad de los Quince, a partir de ahora, puede que sea enriquecedora, pero presenta crecientes complicaciones. Porque crear un verdadero sentido de unidad y de identidad común no es obra de un día y, en último término, los intereses individuales, sean de quien sean, siguen teniendo para los afectados, lamentablemente, una prioridad absoluta sobre los colectivos. «Lo mío es mío, lo tuyo, negociable». Estos intereses individuales son los que han regido las decisiones de los tres nuevos países de la Unión, y los mismos los que han determinado la autoexclusión de Noruega.

En la escasamente informada opinión pública española, tan afectada todavía de mentalidad de campanario, la presencia

de estos nuevos miembros se observa con recelo. Sin embargo, cualquier mediano europeísta que se alce sobre la vulgaridad de los pequeños egoísmos, sabe muy bien que la construcción europea es una grandiosa empresa emprendida y realizada con dificultades a lo largo de casi cuarenta años, y que todavía habrá de necesitar algunos más para consolidarse en la Historia. Que los aspectos positivos de esta aventura superan a los negativos lo demuestran estos tres países, que han preferido vincularse a la UE con sacrificios a permanecer independientes, al contrario de Noruega, que ha preferido seguir amparada por su dorada marginalidad y confortable bienestar.

PERO, ¿qué les ha movido a salir de su neutralidad? Cuando se analizan las causas se cae en la cuenta de que las circunstancias generales del mundo se han transformado muy profundamente. El tópico «ya nada es lo que era» abandona por primera vez en la historia su carácter nostálgico para convertirse en marco objetivo insoslayable. Nada es lo que era, porque estamos entrando en un mundo nuevo, de envergadura muy superior a la misma Unión Europea. La ampliación de la Europa unida es solamente un episodio de esta situación global.

El hundimiento de la URSS y del entero bloque del «socialismo real» ha roto los condicionamientos anteriores—esto es bien visible en los países nórdicos—, pero aún más claro resulta que la dinámica que imprime al mundo la revolución tecnológica alcanza, ya sin la molesta traba del comunismo, a todos los recovecos de la sociedad humana. Es por esta razón, más que por el gran cambio del 89, por la que todas las tendencias unionistas condenan irremisiblemente al aislamiento a las sociedades que pudieran pretender aún seguir un camino autónomo.

Suecia atravesó las dos grandes guerras con una gloriosa neutralidad, pero comenzó a sentirse incómodamente marginal cuando se pusieron en marcha la Unión Montaña (Mercado Común del Carbón y del Acero), el Euratom y la propia Comunidad Europea. Costaba trabajo renunciar al

espléndido aislamiento y a las ventajas de jugar a dos bandas en el mundo de la guerra fría. **Finlandia**, limitada por la Unión Soviética, pero acostumbrada a sacar partido de su forzada neutralidad, ha podido resolverse en favor de la Unión Europea solamente cuando su corsé político ha desaparecido. Y ello, a pesar de que su agricultura va a sufrir antes de acomodarse a los estándares de la UE. Es bien consciente de ello. **Austria**, que durante el predominio soviético permaneció en un secuestro político no muy diferente del de Finlandia, consiguió con gran habilidad un buen camino de desarrollo industrial. Pero muy sabedora de los cambios efectuados en el mundo moderno, y sintiéndose en el corazón de Europa, ha comprendido que había llegado al techo de ese camino autárquico y ha optado libremente por asociar sus intereses con los del resto de los países homólogos.

POR su parte, la Comunidad recibe con gusto a estos nuevos miembros porque, lisa y llanamente, son «contribuyentes netos», es decir que, no sólo no van a gastar fondos comunitarios, como ocurre con España, Portugal, Grecia e Irlanda, sino a aportar dinero y bienes en especie a las arcas comunes.

Para un global de unos 20 millones de habitantes, disponen los cuatro países de un producto interior bruto de unos 600.000 millones de dólares. España, que casi justamente alcanza esa magnitud, debe atender con ella, sin embargo, a una población de casi 40 millones. Calculan los expertos financieros de Bruselas que sólo en el año próximo los nuevos países ingresarán aproximadamente un billón de pesetas, es decir, cerca de 8.000 millones de dólares. Si los nuevos miembros han deseado, pese a todo, pertenecer a la Unión Europea es porque el tejido económico de ésta presenta para el desarrollo en un futuro a medio y largo plazo mejores garantías que la navegación solitaria.

Los tres nuevos socios, también, aportan al fondo ideológico común una sensibilidad especial en su conocimiento y contacto con la Europa del Este, que en las actuales circunstancias y para un futuro no muy lejano ha de ser plataforma de nuevas y no envejecidas directrices políticas.

Con razón se felicitaba Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea: «Europa ha comenzado a desenredarse de la crisis. Ahí está la Unión, dispuesta a superar los complicados problemas de los dos últimos años».

Repercusión sobre España

VISTO desde España, este proceso pone en evidencia, por contraste, la situación de inferioridad de nuestros países mediterráneos y, en concreto, la nuestra. Quienes se quejan del cuasi-desmantelamiento de ciertos sectores de producción española, como la leche, el vino y la pesca, por no hablar de otros secundarios (minería del carbón, siderurgia, manufacturas precipitadas...), lo hacen con razón individual bien objetiva —respetable, ¿cómo no?— pero sin valorar suficientemente que sus resultados no pueden competir frente a más modernos procesos de producción y, en consecuencia, no pueden salir adelante si no es a costa de imaginación y capacidad empresarial (escasos bienes), y aceptando las contingencias que la Comunidad impone.

España, sometida ya a la regulación de la UE en todos los sectores, se está viendo obligada a eliminar de su estructura el fomento subvencionado de actividades de dudoso provecho económico. En compensación, la propia UE, necesitada de una plataforma común suficientemente sólida y homogénea, vierte sobre nosotros, quizá sin que todos lo aprecien, una verdadera riada de dinero con el que ayudar a financiar obras públicas de gran alcance, como autovías y ferrocarriles, y procesos de desarrollo de algunas regiones deprimidas.

¿Quién da más? ¿Quién recibe más? Para quien no sepa salir del puro concepto monetarista del «tanto por cuanto», es posible que la entrada de España en la Unión Europea haya constituido una catástrofe. Para los que, además, valoran el acceso a una constelación de países de fuerte desarrollo y la progresiva, obligada y costosa homologación con ellos, el precio que España paga por su modernización es, pese a todo, pequeño.

Esta dolorosa terapia, esta amarga medicina (medicina pero amarga), es regurgitada por algunos españoles ahora que se asiste al resuelto «¡NO!» de Noruega. ¿No hubiera podido

España haber hecho lo mismo o, en su defecto, haber negociado más favorablemente las condiciones de su ingreso?

Son especulaciones irrealistas. Los 4 millones largos de noruegos no son los casi 40 de españoles. El estancamiento tradicional de Noruega en los beneficios de la pesca, más la lotería del petróleo del Mar del Norte hacen del país un próspero club marginal, cuyo destino irremediable, a mayor o menor plazo, es la pasividad frente a las decisiones de los grandes. La sociedad española, numerosa, viva y cambiante, que sale de su secular abandono y decadencia, se siente cada vez más impulsada a resolver sus evoluciones internas en el esfuerzo por incorporarse activamente a la corriente de la historia.

LA Unión Europea, en definitiva, se sigue abriendo paso. Tras el paso dado, que la convierte en la Europa de los Quince, nuevos aspirantes la siguen mirando como meta de sus proyectos nacionales. Las exigencias de Maastricht, que han atemorizado a los noruegos, son precisamente la demostración de que la estructura se consolida. No sabemos lo que de imprevisto atraerá sobre la Unión Europea el desarrollo futuro. Pero ha tejido una densa estructura, suficiente como para descubrir en ella —como en todos los tejidos— la cualidad más deseada y distintiva: su larga duración.